



MARCO CONCEPTUAL DE LA SALUD ESPIRITUAL

El Instituto Interdisciplinario de Investigación en Salud Espiritual (IIISE) de la Universidad de Montemorelos constituye una comunidad de académicos interesados en promover, diseñar y llevar a cabo actividades de investigación en el campo de la salud espiritual y acciones de intervención que beneficien a los individuos y a la sociedad en todas las dimensiones de la salud.

El IIISE concibe la salud espiritual como un estado de bienestar del ser humano en armonía con aquello que considere sagrado o superior a él, consigo mismo, con sus semejantes y con la naturaleza. Implica experimentar un sentido trascendente de la vida y un propósito último de acuerdo con su propio sistema de creencias.

Desde esta concepción y por su carácter interdisciplinario, el IIISE realiza sus actividades académicas desde diferentes perspectivas: desde las ciencias de la salud, las ciencias sociales, las ciencias de la educación, las humanidades y la teología, entre otras.

Más allá de las diferencias teórico-conceptuales que puedan existir entre los investigadores, la salud espiritual ocupa un lugar predominante en el bienestar integral del ser humano y se relaciona con todas las demás dimensiones de su salud, como lo muestran múltiples estudios científicos actuales.

El IIISE adopta, como una de sus presuposiciones fundamentales, que el ser humano constituye una unidad bio-psico-socio-espiritual indivisible, donde sus diferentes dimensiones se interrelacionan entre sí, con resultados positivos o adversos. Por tal razón, es importante promover una comprensión multidimensional de la salud y, desde ella, estudiar las interrelaciones entre las dimensiones de la espiritualidad y el comportamiento psíquico y somático de las personas, con el propósito de proponer y diseñar acciones tendientes a la atención de la salud integral.

MARCO CONCEPTUAL BÍBLICO DE LA SALUD ESPIRITUAL

La concepción de salud del IIISE parte de un paradigma bíblico que asume las siguientes presuposiciones:

1. El ser humano fue creado en perfecta salud a imagen y semejanza de Dios.
2. La salud del ser humano abarca las dimensiones física, mental y espiritual, que se consideran unidas e interdependientes.
3. La salud plena facilita al ser humano el desarrollo de una relación apropiada con el Ser Supremo y con sus congéneres, al igual que responsabilizarse del cuidado de su entorno.

La naturaleza humana, que faculta al hombre para discernir y establecer sus relaciones, es limitada. La humanidad, aunque anhela lo sagrado, está confundida, sin significado ni propósito trascendente, enferma y sujeta a la muerte (Romanos 3:10-12; 6:23). Sin embargo, todavía el hombre tiene esta gran necesidad que lo impulsa a una búsqueda determinada de lo espiritual y trascendente (Salmo 27:4; Salmo 63:1; Salmo 120:1).

Ante la disyuntiva de escoger entre lo eterno o lo perecedero, hay una lucha de conciencia, voluntad y determinación por ser feliz y mejor. Es por eso que la máxima expresión de espiritualidad se caracteriza por el amor, siendo la adoración su manifestación más sublime, dirigida al Creador y Sustentador y, como reflejo, la consideración compasiva y empática por los demás. El dolor y el sufrimiento de este mundo generan oportunidades para hacer el bien mediante la compasión y la solidaridad.

La esencia de la verdadera salud espiritual viene de una transacción con lo Trascendente que se realiza por fe en su Palabra. Dios carga la maldad del ser humano, que enferma y mata, y el ser humano toma su bondad, que renueva y da vida. Esto se realiza solamente mediante la vida, la muerte, la resurrección y la intercesión de Jesucristo. Así la persona, al relacionarse con Jesucristo, llega a ser objeto de su amor, que da salud y que produce paz y bienestar (Efesios 2; Romanos 5:1; 1 Juan 4:8). Las demás dimensiones del ser humano se benefician cuando se restauran su dignidad, su virtud y su entereza, haciéndolo apto y deseoso de beneficiar a sus semejantes y al entorno donde vive. Dada las limitaciones de la naturaleza humana, este mejoramiento es parcial; durará hasta que Dios mismo intervenga y transforme todas las cosas en el ideal de bienestar y salud plena, que fue su propósito original.

La educación espiritual contribuye a la activación de las dimensiones del ser humano y a la búsqueda de salud con un alcance eterno y universal (Miqueas 6:8; Mateo 25:35, 36; 28:18-20). Al ser reavivada por Dios, que es espiritual (Juan 4:24), la

naturaleza espiritual del hombre lo lleva a entregar su voluntad a Él. Se produce una tensión entre la cultura humana y los principios espirituales eternos, entre las entidades espirituales del bien y las entidades espirituales del mal, entre el querer y el poder hacer el bien y vencer el mal (Romanos 7, 8; 1 Corintios 2:5-3:4). En esta nueva naturaleza espiritual que Dios otorga está el corazón del evangelio que lleva a la adoración al Creador, Salvador y Sustentador (2 Corintios 5:17; Apocalipsis 14:6, 7).

La espiritualidad humana

El ser humano se encuentra en una lucha o conflicto espiritual que repercute en todas sus dimensiones. Dado que todos venimos de un solo linaje y tenemos la necesidad de vincularnos con el Ser espiritual (Hechos 17:26, 27), todos los seres humanos participamos de esta facultad, independientemente de ideales, credos o sistemas de pensamiento. Hay “una facultad de discernir lo justo y un deseo de ser bueno” (Ed., 29); un deseo íntimo de aproximarse a lo trascendente, que lleva a adorar a Dios, o a algo sagrado (Romanos 2:15; Eclesiastés 3:11). Sin embargo, hay en el ser humano una inclinación universal aun más fuerte que lo lleva al egocentrismo, al caos y a la extinción (Romanos 3:9-23; 6:23).

La dimensión espiritual, propia de todos los seres humanos, puede ser avivada y fortalecida sin distinción de razas o lenguas (Romanos 1:20-23; Mateo 28:18-20). Esto provoca una lucha interna moral y espiritual que tiene repercusiones en todas las dimensiones del ser. Está relacionada con la cosmovisión, los sistemas de creencias, los valores y las costumbres que sustentan la vida espiritual. Cuando esa lucha se resuelve mediante una entrega consciente de la voluntad por fe en el Ser supremo o lo trascendente se produce un bienestar que influye a todo el ser. El cristiano se educa en la gracia y el conocimiento de lo trascendente en la medida que va cediendo áreas de su vida a la voluntad de Dios.

Dios se revela a todos por medio de la Biblia y de la creación (Romanos 1:20; Santiago 1:17), ofrece salud espiritual y eterna por medio de Jesucristo (Hebreos 1: 1-3) y la comparte muchas veces mediante otros que han experimentado esa misma transformación (2 Corintios 3:2-4, Mateo 28:18-20). La salud espiritual viene de afuera del ser humano, pero actúa en su interior propiciando un mejoramiento de todas las otras dimensiones del ser. Es claro que Dios la produce por medio de lo natural y de lo sobrenatural.

La Biblia, fuente autorizada de creencias, indica que donde hay salud espiritual el Espíritu Santo gobierna, guía al creyente y lo transforma en una persona con genuino bienestar espiritual (Juan 16:12-14; Romanos 8; 1 Corintios 2:13-3:3). Es mediante una relación con el Espíritu Santo (Gálatas 5:22-25) que el creyente crece en fortaleza espiritual ante la oposición, discerniendo y argumentando contra engaños y

señales del mal. Todo esto se da en un contexto de conflicto espiritual entre el bien y el mal que en la Biblia está claramente perfilado. Así la humanidad entabla una lucha contra sus propios malos deseos, contra la cultura mundanal y contra entidades espirituales de maldad (Efesios 6:12; Romanos 7:18-20; Santiago 1:14; 1 Juan 2:15, 16). Se confronta con el desafío de estar en el mundo sin ser del mundo (Juan 15:19).

La Biblia dice que donde está el Espíritu hay vida, salud y justicia (Juan 6:63). Este Espíritu produce su fruto en el creyente (Gálatas 5:22-24) y las virtudes espirituales de bondad en armonía con la ley de Dios, haciéndolo justo (Santiago 1:25). Pero antes de que pueda nacer espiritualmente y paulatinamente dar el fruto espiritual del amor y justicia, el creyente tiene que morir a sus pasiones carnales, egoístas, mundanas, y a esa enemistad contra Dios, confesando arrepentido sus pecados y mirando por fe a Cristo, quien murió en su lugar y lo coloca en un estado espiritual de nueva vida (Gálatas 2:20; 5:24). El creyente ve la vida de Jesús y su sacrificio como modelo y a la vez como sustituto para deponer su maldad y pecado arrepintiéndose del pasado, ser perdonado y recibir el Espíritu Santo (Juan 3; Romanos 6; Hechos 4:12; 2 Corintios 5:17-21). Esa dependencia del Espíritu y su apego activo y práctico a la Palabra de vida lo van educando y fortaleciendo en su nueva naturaleza, produciendo la santificación o disminución del poder del pecado (Romanos 6:12). Así el creyente está en condiciones de ser llamado hijo de Dios y de crecer en su gracia y conocimiento dando frutos de justicia. La convicción de esas condiciones es confirmada y fortalecida por el Espíritu Santo por medio de la meditación de la Palabra de Dios y la oración, y se da a conocer a los demás por medio de su comportamiento y sus palabras (Filipenses 4:8). El apego a la voluntad de Dios es un indicador del grado de salud espiritual que tienen los seres humanos, porque Dios la pone en sus conciencias (Romanos 2:14-15).

La Biblia establece, entonces, que Dios no hace acepción de personas y que, por lo tanto, su Espíritu produce sus frutos y su maduración en toda persona que presta atención a su dirección. El fruto del Espíritu Santo revela la armonía del ser humano con Dios y con su ley, que es eminentemente moral, cualidad que Dios mismo instauró en todo ser humano desde su origen (Jeremías 31:33; Romanos 2:14, 15).

Si bien el secularismo, el paganismo y otras creencias han negado la verdad de Dios en el mundo, el propósito del estudio del concepto de salud espiritual es generar reflexión sobre este aspecto perdido por gran parte de la humanidad, regresando a los conceptos originales de la Palabra de Dios.